

ANÍBAL TURENA, *Coral de Carne*, Sevilla, Renacimiento, 2014, 74 págs.

En un mundo tan reconocible como el del poeta, narrador y ensayista Luís Antonio de Villena, cualquier ampliación de su mundo de raros y exquisitos amores, como este hallazgo de la poesía de Aníbal Turena, no podemos sino entenderlo como un apéndice de su universo de intereses puestos siempre al servicio de su pasión creadora y vital. Por tanto digamos de entrada que a nadie puede extrañar el reconocimiento de rasgos del propio Luís Antonio de Villena en su perseguido y finalmente encontrado Aníbal Turena. Como hay rasgos en Villena de Oscar Wilde o de Estratón de Sardes, por decir la unidad de los contrarios.

Este raro muy raro, como él mismo lo denomina, primero fue objeto de su ficción. Aparece en un libro lejano, de 1980, primero de los de Villena en prosa, el titulado *Para los dioses turcos*; un libro de cuentos, que leí en mi lejana juventud con total entusiasmo de reconocimiento. Turena aparece en el relato “Noticia de un desconocido”. Como dice Bonilla, en uno de los prólogos de esta edición de la poesía encontrada de Turena que aquí reseño, debido al marco en que su nombre apareció, era lo propio que todos creyéramos que Villena se acababa de inventar a un poeta menor, por el puro juego erudito de que estábamos en un momento de moda para el rescate de olvidados.

Pero Villena volvió a hablarnos de Aníbal Turena en su libro *Majestad caída*, publicado en Alianza en 2012. Nuevos tiempos en los que la moda era convertir en entes de ficción personajes reales, raros desatendidos de la escena cultural del siglo XX, como hiciera Cercas en *Soldados de Salamina* o Prada en *Las máscaras del héroe*. Todavía más ficción que realidad, Aníbal Turena volvía a la escena en una dudosa frontera entre ambas.

La ficcionalidad finalmente ha tenido que constreñirse a la realidad con el encuentro de este curioso libro de poemas que es *Coral de carne*. Como me escribe el propio Villena en la dedicatoria que me ha hecho del libro, “este raro de raros [ha sido] encontrado por mí en los boliches de Buenos Aires”.

Aníbal Turena vivió aproximadamente los cincuenta primeros años del siglo XX. Un español de padres franceses, con claro interés hacia las clases populares, por ética y estética, sin dejar de ser un enamorado del dandismo, parece en muchos aspectos como un

epígono de los poetas de la Generación del 27, aunque siempre extraterritorial, un exiliado de vida y de obra, que acaba en la Argentina de los años 40, donde desaparece un día del principio de los 50 sin que sepamos si es que se suicidó. Perseguidor de bellezas barriobajeras, dispuesto a pagar a sus perseguidos, posiblemente un mal encuentro pudo hacer que acabara sus días imitando a Winckelmann.

No es posible desatender el paralelismo con otro exiliado homosexual de nuestra vecina Portugal, el escritor Antonio Botto, que nació y murió en fechas similares del mismo siglo, que escribió un libro de poemas que alabó Pessoa, *Canções*, lleno de atrevimientos homoeróticos (desde luego no tanto como el de Turena), y que harto de su país acabó por exiliarse en la América de cultura lusa. Sin embargo Botto, tras el escándalo primero, fue reconocido y llegó a publicar varias versiones de su libro revisado. En ese aspecto nada que ver con Turena. Gracias al último amor del poeta, que guardó un mecanoscrito que había preparado posiblemente Turena para la imprenta, y por una serie de felices coincidencias que Villena cuenta en su introducción al libro, éste llega a sus manos. Emilio Blonberg, aquel último amor del poeta, pudo fácilmente haberse desecho del manuscrito, pues su amor por el poeta fue siempre su secreto oculto. Pero precisamente ese secreto debió ser lo que iluminó su vida modesta y gris de boxeador amateur y, por tanto, siempre guardó entre sus escasas pertenencias el libro de Turena, como recuerdo de aquella si bien secreta gran razón de amor. Un tipo de amor que también nos recuerda a la última gran pasión amorosa de Cernuda, el físico-culturista con 20 años y 1.62 metros de altura, el "Chocolate" Alighieri, que le inspiró las 16 composiciones de *Poemas para un cuerpo*. Otro secreto guardado también al parecer con gran orgullo.

Villena, que sin duda ha leído y releído con mucha atención el libro antes de decidir editarlo, considera que la mayoría de los poemas están escritos en la Argentina después de 1940. Amelina Correa, que hace el tercero de los prólogos que lleva el libro, y que es incuestionable especialista en la época, ofrece interesantes apuntes sobre el libro, como que en él se aprecian rasgos tardomodernistas, así como elementos surrealistas y reminiscencias gongorinas. Sin duda Turena alimenta su gusto poético, dados los años de su juventud, en las obras del último modernismo español y latinoamericano así como en las grandes producciones de la Generación del 27.

Sin embargo, cuando leemos detenidamente los poemas del libro y vemos sobre todo el atrevimiento, la explicitud con que se trata la temática gay, a veces caemos en la tentación de pensar que este Turena es más Villena que Turena, pues de todos es conocido que fue Luís Antonio de Villena el primer poeta que tuvo la valentía, ético-estética, de escribir poesía francamente homoerótica en una España en la que los poetas homosexuales ocultaban habitualmente su condición sexual bajo modos neutros del decir amoroso. Pero en cuanto atendemos a los modos de escritura, tenemos que reconocer que esas coplas, tan de época, tan del momento en que esta poesía ahora descubierta y dada a conocer por Villena se escribió, nada tienen que ver con un poeta que jamás ha escrito en esas estrofas.

El libro, que está dividido en dos partes —I. Poemas en busca del amor (¿qué amor?) y II. Poemas en busca de la vida (¿qué vida?)—, nos depara curiosidades muy de época. Tal es el caso de las abundantes coplas a las que me he referido ya, coplas o cantares, en ocasiones imperfectas (alternando el octosílabo con el heptasílabo: “Bailan piernas en el ring./ Los brazos también bailan...”), que así aumentan el carácter popular que de por sí tiene este tipo de estrofa, tal y como nos comenta Domínguez Caparrós en su *Diccionario de métrica española*, y que se suele emplear en asuntos satíricos, como sucede en esta a la que me estoy refiriendo y que se titula “Boxeador:

Bailan piernas en el ring.
Los brazos también bailan...
Dulce amado perillán,
¿Entre tus piernas qué danza?

Con haber puesto una “y” al comienzo del segundo verso habría obtenido Turena un octosílabo igual al del resto de los versos, pero la *heterometría* contribuye, aparte del carácter popular, a mostrar cierto desinterés por la perfección métrica, que también resulta algo muy moderno para la época en que estos poemas se escriben; y sin duda se debe a que estos poemas responden más a un interés de estética profunda que de perfección formal, lo que cogemos fácilmente de los datos biográficos que tenemos sobre el poeta. La profunda emoción que lo llevaba a hacer estas creaciones no tenía, en muchos casos, continuación hacia el perfeccionamiento de la idea poética; por eso el desaseo métrico. Aunque este segundón nos ofrece excepcionalmente

poemas muy bien terminados, sobre todo algunos de los sonetos que aparecen desperdigados por el libro, como el que titula, con un eco cavafiano imposible, “El dios que retorna”. Al leerlo, nos resulta muy reconocible el gusto por el soneto que se recuperó en los años 30, y que nos ofreció los *Sonetos del amor oscuro* lorquianos o los sonetos de *El rayo que no cesa* de Hernández, uniendo así a dos generaciones sucesivas. Este soneto de Turena subraya dicho interés, con similitudines como la del verso quinto, con construcciones gongorinas dispersas por todo el soneto y con un verso final que es homenaje a la gran poesía soneteril española del siglo XVII. Pero el soneto que quiero transcribir aquí, que tiene fecha (1935) —la mayor parte de los poemas no la tienen— y es fecha muy significativa para lo que venimos diciendo, se titula “Mitografía”:

Si vibras a la vista de los mozos
en rubicela vueltos del derroche,
asistes a los fastos de la noche
y un Ícaro resultas de alborozos.
Cantas con el alfanje de tus gozos
recorriendo sus cintos como broche,
saltarán de sus labios sin reproche,
volar a un sol te fingen sin embozos.
Truena la noche sus pensiles oros
y en el júbilo hay lenguas y leopardos;
tu batalla es de vello y ojos moros.
Mas cesan los zarambeques sonoros
y cera caes herido de cien dardos.
Imposible hoy por hoy mascar tesoros.

Hay, en él, modernismo y gongorinismo, hay también surrealismo, pero hay sobre todo una enojada sensualidad que en la literatura española comienza con el Grupo Cántico, y que Luís Antonio de Villena ha potenciado después con atrevimientos mayores; y yo, leyendo este soneto, me pregunto hasta qué punto Villena ha sentido la tentación de meter mano en este corpus de Turena y ha actuado intentando enfatizar ciertos versos, marcando tonos allí donde el original ofrece desarrollos ensordinados. Pero Villena calla esa labor, si es que existe, y yo no quiero ir más lejos por este camino.

El libro, que es muy carnal al comienzo, alcanza un tono melancólico y metafísico al final, que sorprende. Si el paso del tiempo

ya aparece en “Infantes de Castilla”, con un guiño medievalizante a Jorge Manrique, la dolorosa presencia del tiempo, los estragos en la belleza y la cernudiana Belleza que permanece encarnada en sucesivas presencias (“Hermoso, desnudo muchacho eterno: Amor”) dan al libro al final una grandeza inesperada y que nos hace imaginar que Turena, de haber seguido en vida y escribiendo, podría haberse convertido en un gran poeta.

Es necesario culminar esta reseña agradeciendo a Luís Antonio de Villena que nos haya ofrecido este epígono de sí mismo, nacido muchos años antes que él. ¡Gracias por el hallazgo!

DAVID PUJANTE
Universidad de Valladolid